

## ¡Cine Truculento! ¡Literatura Roja!

Contra eso abren campaña las autoridades en forma de censores, porque el cine y los libros extremistas son responsables de la morbosidad en que el país se encuentra. No se les ocurre que el atentado personal, que la violencia, que la inconformidad tienen su origen en la miseria, en el dolor, en la angustia económica a que el actual régimen de explotación ha llevado a las clases trabajadoras.

No se exaltarán las masas con folletos ni con películas cinematográficas, como no se convencerán los esquimales de que deben tomar refrescos helados, ni los pobladores de un puerto tropical de las ventajas de instalar en sus alcobas aparatos de calefacción, por muy buena propaganda que se les haga. Tampoco va nadie a laxarse, si está bien del aparato digestivo, porque ve anunciadas en carteles murales, en teatros, periódicos, revistas y tranvías las píldoras que no dan tiempo del doctor Ross.

Toma la medicina quien siente su organismo en descomposición. Igual cosa sucede con el cuerpo social: si está equilibrado, si todos los órganos funcionan normalmente, si no hay hambre, ni escasez de leche para los niños, ni baja de salarios, ni alza de los cambios, ni constante explotación de los muchos por los menos, pierdan cuidado las autoridades: ningún efecto morboso llegarán a producir el cine truculento ni la literatura roja.

## Causas económicas del antimarxismo

Por RICARDO GARCIA TREVIÑO

Alguna vez he demostrado cómo al tratar de oponer el marxismo al socialismo los intelectuales marxófobos hacen el juego al fascismo, so pretexto de investigación científica pura. Ahora, y para la completa comprensión de este fenómeno haremos un somero análisis de las causas que determinan la actitud de estos señores.

La afirmación de que el socialismo marxista no es científico, descansa aparentemente en una supuesta falsedad del materialismo dialéctico, que como se sabe, forma el basamento filosófico de aquél. Sin embargo, tal afirmación se basa de hecho en la diferente concepción que de la ciencia y de su papel histórico y social tienen el marxismo y el idealismo. Esta divergencia de puntos de mira obedece, a su turno, a causas mucho más profundas que simples diferencias académicas de criterio; tiene su razón de ser en las valorizaciones opuestas que uno y otro hacen de la vida y del mundo social en su conjunto.

Para los intelectuales marxófobos (a quienes por sus "buenos servicios" al fascismo hay que clasificar entre los ideólogos de la burguesía) las ciencias por excelencia son las llamadas ciencias puras y, entre ellas, de una manera especialísima la filosofía. Esto no tendría en sí mayor importancia si no fuera porque por el camino de esa clasificación jerárquica de la ciencia se llega, de palabra o de hecho, a la afirmación de que la ciencia para serlo debe permanecer ajena a las cuestiones sociales, a las clases y a la lucha de clases. La serenidad y la majestad de la ciencia, se dice, no le permite "descender" a planos en que impera la pasión.

En tal forma con pretextos pseudocientíficos que impresionan a los tontos se crea la leyenda de que la verdadera ciencia debe ser "abstracta" y "pura" por dos razones: primero, porque toma sus principales elementos en las facultades espirituales, inmateriales, extraespaciales y extratiempo del hombre; y segundo, porque no tiene ni debe tener relación alguna con la vida social.

La primera afirmación es larga de aclarar, en primer término, porque las ciencias experimentales no han llegado a descubrir aún la esencia de la vida, única forma de aniquilar de una manera rotunda los sofismas ontológicos de la metafísica idealista que, aunque carentes por completo de valor intrínseco, ya que se basan en premisas incomprobadas y en apreciaciones fideístas, gozan todavía de gran predicamento por tener una profunda raigambre en prejuicios y mitos seculares. No obstante, la etnología, la filosofía y algunas disciplinas fenomenológicas modernas prueban ya sin lugar a dudas que hasta las ideas abstractas como divinidad, derecho, justicia, bien, número, etc. tienen sus fuentes en ideas concretas de la humanidad primitiva, nacidas en las cosas asimismo concretas que rodeaban al hombre en aquel medio prehistórico. Y si esto no fuera suficiente, quedan todavía



numerosos descubrimientos, entre otros los que demuestran desde un ángulo estrictamente histórico que ni las religiones ni el lenguaje aparecieron en el mundo junto con la especie humana, sino hasta que ésta hubo alcanzado cierto desarrollo, cayendo así por su base la creencia de que la idea de divinidad forma parte de la naturaleza misma del hombre y otros muchos mitos que por ahora no mencionaré.

En cuanto a que la ciencia pueda ser abstracta, pura, entendida tal pureza por su desvinculación actual de la realidad social, difícilmente se podría haber dicho mayor falsedad y éste es, dentro del terreno de las actividades intelectuales, el meollo de las irreductibles contradicciones entre el marxismo y el idealismo, pues aquél tiene de la ciencia en todas sus manifestaciones y ramas un concepto dinámico, activo, trascendental; en tanto que el idealismo la concibe como algo contemplativo, conventual, encerrado en la tranquilidad estupefaciente del gabinete; ciencia inútil, fría, intrascendente, fósil, que oculta su supuesta vacuidad social bajo la diferenciación de la ciencia en pura, abstracta y aplicada, práctica, sin ver que la primera existe, progresa, se desarrolla precisamente porque existe la segunda, a causa de lo cual el marxismo no reconoce tal diferenciación sino desde un punto de vista puramente metodológico, sosteniendo que es falsa desde el momento en que quiere descender hasta la naturaleza misma de la cosa. ¡Vano ropaje pseudoaristocrático confeccionado por los atormentados y anquilosados cerebros de los ideólogos de la burguesía, que tratan de esconder su contrarrevolucionarismo a los ojos de la juventud y de todo cuanto de verdaderamente noble alienta la humanidad!

Pero no es eso sólo. Ningún hombre ni actividad humana alguna pueden suscribirse a la dinámica de las fuerzas y leyes sociales. Así la ciencia, que es una de esas actividades, desempeña su papel y cumple su misión dentro del mecanismo social. Enfocadas desde el ángulo de la más amplia perspectiva histórica, las conquistas científicas tienen un valor que consumado cierto ciclo histórico beneficiará a la humanidad entera. Este resultado final no puede ser escamoteado por nada ni por nadie. Mas para ello es necesaria la liquidación de las clases. Mientras eso no se realice, la ciencia ha sido, es y será usufructuada por las clases que poseyendo los medios de producción y de cambio ejercen su hegemonía en la sociedad. Por su parte, las clases desposeídas únicamente alcanzan verdaderas migajas en comparación con los beneficios que de los adelantos científicos reciben los poseedores. Y es más aún. La ciencia misma lleva el sello de la clase social que la usufructúa, convirtiéndose en instrumento de dominio en manos de las poseedoras de la riqueza sin que escape ninguna de sus ramas. Hasta las disciplinas en apariencia ajenas a esta ley sucumben a ella. Las diversas corrientes espiritualistas que hacen esperar al hombre un mejor "más allá", por ejemplo, dan como resultado práctico la pasividad y el sometimiento de quienes de buena fe creen en ellas. En determinadas etapas históricas, la función natural de la ciencia es desvirtuada por completo. Actualmente, sin ir más lejos, tenemos en casi todo el mundo una ciencia monstruosa que febrilmente prepara eficaces instrumentos de exterminio para la próxima guerra. Con el arte sucede algo parecido. Mientras los técnicos construyen y perfeccionan cañones, tanques, aeroplanos, gases, los literatos, los poetas, los filósofos provocan en las masas un estado de espíritu propicio a la matanza.

Por eso, a causa del papel social que desempeñan, las culturas y las ciencias se adjecivan con el nombre de las clases que ejercen su hegemonía en la sociedad. La cultura de la época de la burguesía es cultura burguesa porque está al servicio de esta clase; la cultura de la sociedad sin clases será cultura socialista porque estará al servicio de las masas; y aun las artes, las ciencias y el pensamiento que dentro de la actual sociedad pugnan por la implantación del socialismo son ya socialistas, a pesar de que la totalidad de sus elementos constitutivos la saquen de la propia cultura burguesa, pues lo que se toma ante todo en cuenta es su carácter funcional.

¡Nada más vacío de sentido que la cultura a secas, que el arte puro, que la ciencia abstracta!

Ahora bien, cómo es lógico, los intelectuales son los instrumentos por medio de los cuales se realiza ese proceso. Aunque ellos mismos estén en una situación cada vez más aguda y directa de inferioridad y dependencia económica en relación con los capitalistas, son, sin embargo, hijos mimados del régimen comparativamente con las otras capas de las clases desposeídas. Sólo espíritus superficiales podrán negar que los honores, las distinciones y los relativos privilegios de que disfrutaban los intelectuales son parte de la remuneración que se les da en cambio de sus servicios técnicos, científicos e intelectuales de toda especie que, al obrar en función de auxiliares y puntales del sistema, crean sólidos lazos entre éste y aquéllos, por cuya razón la intelectualidad se denomina con toda propiedad intelectualidad burguesa.

Comprendido lo anterior, nada de raro tiene que los intelectuales como grupo se identifiquen con el régimen en que viven, ya que por él y para él son. Nada extraño es que algunos de ellos rompan lanzas contra la teoría que ha sido llamada "ciencia de la revolución socialista", utilizando sofismas tales como el de que el marxismo no es científico porque es materialista y máscaras como el reconocimiento verbal de la justicia de las reivindicaciones socialistas. Desde el punto de vista de una honradez común y vulgarmente entendida el fenómeno se justifica por completo. Entre los intelectuales burgueses que abogan por la perpetuación del actual sistema social pueden haber todas las especies; desde los que conforme con nuestro expresivo "folklore" podríamos llamar "chambistas", hasta los que de acuerdo con la ética burguesa se califican como personas honestas, es decir, aquellos que no desean el advenimiento de la sociedad socialista porque en ella no podrían conservar su prestigio intelectual y su posición de maestros, vinculados con tradiciones y prejuicios seculares. Si a estos señores se les dijera que su actitud implica la defensa de un sueldo o de cosa parecida, se sentirían con razón ofendidos, pues realmente cuidan algo más, a saber: sus glorias intelectuales, sus prestigios científicos, sus títulos universitarios, que aunque intrínsecamente sean pequeños y hasta poco valiosos, para ellos pueden parecer inmensos y caros, a causa de que la magnitud de todos los galardones está en razón de la estatura de quien los ostenta.

Pero sea de ello lo que fuere, el caso es que el antimarxismo obedece en el fondo, directa o indirectamente, al determinismo económico que impera en todos los fenómenos sociales, comprobándose así una vez más el materialismo histórico.



## El Monopolio de la Fuerza Eléctrica

América Latina está en manos del monopolio de la fuerza eléctrica: el Brasil, Colombia, México, Cuba, Venezuela, Guatemala, Ecuador, Argentina, Chile, Panamá, Costa Rica.

Pagamos tarifas de luz y fuerza más altas que en Nueva York o que en otras grandes ciudades europeas y norteamericanas, no obstante que allá tienen que usar carbón y que aquí hemos entregado nuestras caídas de agua.

Sólo la Bond and Share Company que controla en Costa Rica los servicios telefónicos además de los de luz y fuerza, tiene CIENTO SEIS compañías asociadas en once repúblicas de la América india.

El voraz pulpo nos ahoga; y nuestros gobiernos capitalistas permiten que todos los costarricenses sean sus tributarios obligados, porque ya no es posible alumbrarse con velas.

## El hombre nuevo

Por ANTONIO ZELAYA

Para Max Koberg hijo, cariñosa y respetuosamente.  
Pueblo oprimido que no se queja está desahuciado. La queja es al menos un síntoma de vida.

**Enrique José Varona.**

Pueblo que no se queja está desahuciado. Ese es nuestro momento dramático. La falta de sinceridad, el miedo convertido en espanto del futuro, la negligencia mental, clamaban por el prócer provento; la burguesía media pide un hombre nuevo. Unos hacen consistir la ventura colectiva en el estancamiento del mandatario que ha hecho del poder un ejercicio doméstico, una invencible rutina que se ha transformado en norma, en dique insalvable para el devenir natural de la vida. Otros, inconformes de dos procedencias, sitúan sus esperanzas en un caudillo nuevo. Los primeros quieren perpetuar ese tipo de Gobernante que se encarna en el Presidente de la República; hecho éste que recuerda el pasaje de la Odisea en que Efestos dona a Alkinoos un perro de oro, que hacía el efecto de estar vivo, que parecía ladrar pero no ladraba, que parecía correr pero que no corría. Un simulacro falto de vida. Los segundos, en distintas modalidades, (los que quieren un mandón de mano dura que preserve los privilegios de la plutocracia y los que esperan el advenimiento mesiánico como panacea contra los males del estancamiento), unos y otros, digo, hablan del hombre nuevo como si en su virtuosidad omnipotente residiera el poder demiúrgico capaz de transformar nuestra estructura política, las costumbres, el carácter y el subconsciente colectivo, y hasta los vicios nacionales.

Ambos grupos se engañan. El hombre tradicional que trata de detener con su mano el transcurso del tiempo, que en medio del torbellino de la vida moderna quiere erigir en doctrina su propia impotencia para adaptarse, que abusa de las palabras y rehuye los hechos, que tiene la flexibilidad del histrión y, en veces, la rigidez del fósil; que vive, piensa y actúa en perpetua contradicción, en un mundo paradójico; que por debilidad narcisista limita y acorta sus posibilidades de acción concretándolas a fórmulas unilaterales y de estrecho alcance; que carece de lealtad intelectual para reconocer sus errores y que prefiere el antropoide al hombre de ideas distintas a las suyas; ese individuo, por mucho que afecte y simule, es, sin lugar a dudas, un hombre honorable para el escalafón burgués, pero resulta inactual, anacrónico, retardatario, y, por sobre todo, insincero por la ley ineludible de su edad y de sus ideas, lo que lo hace resueltamente inconveniente para su alta función de gobernante. Perpetuar, o simplemente, prolongar el gobierno de los que ya están maduros para la tumba, y que harían bien en prepararse para el supremo trance, es un absurdo, una negación, un acto estéril, un atentado contra las leyes de la vida, que es perpetuo cambio, eterno devenir, evolución creadora.



El hombre nuevo es, pues, el avatar taumaturgo que por distintos caminos buscan los ambiciosos partidarios de un Alcibíades con algo de Rey Midas y los utópicos discípulos de Diógenes. El elemento reaccionario y de extracción capitalista, pide un Mussolini o un Hitler, un dictador investido de poderes absolutos que ponga fin a las inquietudes sociales y que dé muerte y sepultura al Comunismo como organización política efectiva; un tirano honrado, dicen, que ponga orden en la Administración Pública pero sin aumentar los impuestos ni cambiar el sistema tributario a todas luces imperfecto e injusto; un decidido defensor de sus intereses clasistas, aun cuando para ello se tenga que sacrificar a los débiles y pauperizados; en otras palabras, un poderoso miembro de las asociaciones rotarias y de los clubs plutócratas, que no tenga ascos ni escrúpulos para irrespetar los postulados de la Constitución y las limitaciones de las leyes contrarias a su arbitrio y a sus conveniencias de grupo.

Para los utópicos que creen en la posibilidad de un renacimiento, de un régimen político que abra camino a la revolución social, el hombre nuevo forzosamente ha de ser el antípoda de Don Ricardo Jiménez. Esto es, que prefiera la acción a la vacía elocuencia; que en los asuntos públicos inyecte sinceridad antes que retórica; que frente a lo tradicional, lo tabú y lo fetiche, tome el hacha demoledora y no se incline reverente; que sea rectilíneo en su acción y en sus actitudes antes que sinuoso; apolítico preferentemente que zorro y taimado; que tenga pasiones en vez de escepticismo o cínico desgano, tal es, que reforme en lugar de conservar; que hiera en el instante en que sea menester herir y que no dé la callada por respuesta cuando tenga de su lado la parcialidad del silencio.

El hombre nuevo, como Isócrates, debe dar a cada cual según sus méritos, ello equivale a decir, a cada uno según su capacidad y a cada capacidad según sus obras. El favor cortesano, el paternalismo, el afecto a los nepotes, la cobardía razonadora, las ideologías filisteas y la grosería burguesa, quedarán desterradas del reino utópico de este nuevo Espartaco, inflexible, rudo, tenaz, desprovisto de miedo y con una visión clara y concreta de la fenomenología social y económica del momento que vive. Un varón de Plutarco presidiendo una gran corriente de ideas y sentimientos; un hombre joven tal vez, fuerte, osado, libre, con una conciencia amplia y varonil, que rompa el molde de nuestros políticos parlanchines, falsos, oratoriales, mendaces. El Homúnculo redivivo, Fausto sin Mefistófeles, Prometeo desencadenado; en una palabra, un héroe homérico, Hércules y Marco Aurelio fundidos por la gracia de los dioses del Olimpo que se esconde en las entrañas hirvientes de nuestros volcanes.

Imaginaciones, fantasías amables, pero nada más. La realidad es avara en perspectivas. Ofrece el uno por mil. Se le pide un espíritu recio, templado en las luchas sociales; o una inteligencia libre de prejuicios, generosa hasta la inmolación y valiente hasta el heroísmo y ¿qué es lo que ofrece? La tabla rasa de una democracia absurdamente uniforme. El error consiste en esperarlo todo de la virtuosidad de un hombre. La carencia de orientaciones ideológicas, la ausencia de espíritu público, el marasmo político, no se remedian por la sola influencia del hombre providencial. Es necesario arribar a una estructuración en los partidos y en las ideas. Pero todavía no hemos pasado de la etapa caudillesca y las impulsiones directivas no alcanzan a presentar los hechos en otra forma que la meramente esquemática del caudillismo en su aspecto más elemental. Tristísimo panorama, uniforme y yermo, desprovisto de la pujanza que era de esperarse en un pueblo joven, de riquezas vírgenes, que tiene necesariamente que colocarse a mayor altura de la línea que la cobardía colectiva inexorablemente le señala.

Y frente a un pasado muerto, frente a los hombres de la política considerada como la ciencia de la mentira y del engaño, frente a la resignación de un pueblo al que embaucan y corrompen los mantenedores de la Oligarquía, no existe otra cosa que la apenas audible protesta de unos cuantos intelectuales inconformes. La ma-

sa del pueblo y sus organismos de cultura, el periodismo y la escuela, sacrifican en el altar de Moloch y se consuelan de su falta de libertad con el simulacro del perro de Efestos. El estrépito de la contienda, el fragor del combate, el tumulto de la verdadera lucha en los pueblos libres, horroriza a las almas friolentas, que sienten las nostalgias del amo porque en ello les va la cotidiana presencia del puchero y la lamentable pitanza del esclavo.

Es necesario no forjar ilusiones. Toda rebeldía es inútil cuando la felicidad reside en la obediencia servil. No puede haber redención a base del Mesías. Es indispensable que exista el sacerdote, que la crucifixión sea el prelude del apostolado. Porque la culpabilidad recae, antes que sobre la cabeza de los que se aprovechan del sistema, sobre la juventud falta de energía que ignora que la esclavitud es, como alguien lo ha dicho, mucho peor que la guerra civil, que la guerra doméstica. El *credo quia absurdum* de nuestro régimen político debe desaparecer, y no por la muerte natural de quienes lo han herido en dogma, sino por la violencia de un movimiento rebelde a las mentiras convencionales, por un acto de conciencia que tenga los perfiles de una rebelión de vida o muerte, por la voluntad resuelta de quien tiene frente a sí la disyuntiva única de una vida de ignominia o el aniquilamiento definitivo.





## Impuestos sobre la miseria colectiva

Los aforos de aduana no son otra cosa que impuestos o tributos sobre la miseria colectiva, como muy bien lo explicó hace algunas semanas el "Diario de Costa Rica".

Nosotros vivimos a base de ese sistema de tributación, producto del empirismo y mantenedor de la injusticia social, pues capitalistas y proletarios pagan por parejo.

Como los pobres forman legión e insignificante minoría los ricos, recaen de hecho los tributos sobre la masa explotada y exprimida por los amos del capital y por los gobiernos.

En países de economía organizada, aun aquellos en que dominan los plutócratas, se gravó científicamente a los capitalistas con impuestos directos progresivos.

Costa Rica, en pleno siglo veinte, sigue moviéndose en la etapa semicolonial de las contribuciones aduaneras indirectas, para no disgustar a los dueños de la riqueza.

¡Y cuando la administración pública anda mal de fondos, carga la mano el Gobierno sobre renglones que tienen que resistir a fuerza, por ser indispensables, toda clase de aforos! Tal es el caso de la manteca y de la harina, pan del pueblo que ha venido a convertirse en artículo de lujo.

## Liberalismo y Socialismo

Por RAYMUNDO PRIETO AGUILERA

Acontece hoy y aconteció desde que el socialismo moderno izó sus banderas, que los más conspicuos liberales sean los primeros en tronar contra Marx y sus secuaces, tachando sus doctrinas de aniquiladoras de todo orden social. Con aspavientos y denuestos se han aprestado siempre y se aprestan a combatir punto por punto todas las tesis socialistas. Pero semejante actitud, por parte de los liberales, no puede ser más inconsecuente. Porque el socialismo es el hijo legítimo, el heredero obligado del liberalismo, por más que los corifeos de esta última doctrina se apresuren a repudiar, horrorizados, tal paternidad. Con sobrada razón H. Pesch llama al socialismo el "liberalismo del cuarto estado". Los principios establecidos por los liberales llevan, como de la mano y conducen, lógicamente, al socialismo. Con toda brevedad trataremos de probarlo.

La raíz más profunda del socialismo es el concepto materialista y ateo del mundo. Ahora bien, fueron precisamente los liberales, desde los enciclopedistas hasta los llamados científicos, los que introdujeron en el campo de las ideas el concepto materialista del mundo, al atacar y ridiculizar, como ellos lo hicieron, la fe y la religión. Hegel y Feuerbach, en especial, son los progenitores de Marx y Engels. Según este último afirma, "el movimiento obrero alemán es el heredero de la filosofía clásica alemana". Dietzchen va más allá cuando dice: "Nuestra democracia social es la consecuencia necesaria del modo de pensar puramente laico y sin religión... La filosofía ha conquistado al fin el sistema imperecedero de la ciencia, el sistema del materialismo democrático". "Señores, decía Bebel en el Parlamento (23 de febrero de 1890), sabéis tan bien como nosotros, que cuanto más se apaga en las masas la fe en la otra vida, tanto más anhelosas buscan su cielo en la tierra... Con la decadencia de la vieja doctrina de la fe se ha desarraigado también la vieja moral... La desaparición de la fe en el cielo tiene importancia no sólo en el orden moral, sino también en el político. Las masas no llevan ya en paciencia su miseria terrena y anhelan por la felicidad en la tierra. El comunismo es una lógica consecuencia de este nuevo modo de pensar y de considerar el mundo que se extiende por toda Alemania".

Por medio de la escuela, muy especialmente, ha extendido el liberalismo la incredulidad en todas las capas del pueblo. Siempre que ha entrado oficialmente en todas las naciones ha procurado alejar de las escuelas populares todo influjo religioso, estableciendo el laicismo. Ya en 1878 decía Jorg a sus colegas en el Parlamento: "Lo primero y que más falta hace es la regeneración de la escuela. A mí me espanta mucho menos la democracia social actual que la del porvenir, que se va formando en nuestros jóvenes. Por una mal entendida política se ha ido emancipando más y más la escuela de toda influencia religiosa. Con esto se han abierto, sin pretenderlo, las puertas a la democracia social. Sí, señores; la moderna pedagogía,



y estoy por decir, la moderna furia escolar, es el seminario de la democracia social. Porque, quiéralo o no lo quiera, hace que de hecho todos traten de elevarse sobre su estado propio y siembra el descontento en todas las clases del pueblo. Así lo entiendo yo al afirmar que un obrero sobrecargado de trabajo que no reza, porque no lo aprendió o lo ha olvidado, es la presa más asequible del socialismo, desde el momento en que se le promete mejorar su situación".

¶ Bien se dan cuenta los socialistas de que en este punto van sobre la base de la incrédula ciencia liberal. ¶ Oigamos la propia confesión que Bebel hacía en el Reichstag el 16 de septiembre de 1878: "Vosotros atacáis nuestras doctrinas en cuanto a religión y las tacháis de materialistas y ateas. Reconozco que esto es del todo exacto... Creo firmemente que el socialismo nos ha de llevar al ateísmo. Pero, ¿quiénes han fundamentado filosófica y científicamente estas doctrinas ateas que tanto cuidado y enojo os causan? ¿Fueron, por ventura, los socialistas demócratas? ¿Eran, tal vez, socialistas demócratas Edgar y Bruno Bauer, Feuerbach, David Strauss y Ernesto Renan?... Estos son hombres de ciencia. Nosotros hemos adoptado estas opiniones ateas en fuerza de nuestro convencimiento científico y nos creemos obligados a propagarlas entre las masas. Pero, ¿por qué lo que en una parte es permitido, se ha de prohibir en la otra? Los representantes de nuestra ciencia moderna se han de ver y desear para contestar a esto con algo sólido; porque si no todos ellos hacen profesión tan pública de su incredulidad, hay muchos que se colocan en una actitud análoga a la de Strauss y Renan".

¶ Otra de las bases fundamentales del socialismo es el FANATISMO de la IGUALDAD. Y también en esto camina el socialismo sobre el terreno del liberalismo y no hace otra cosa que sacar consecuencias de sus principios. ¶ Los partidarios del liberalismo son los que han propagado el engañoso lema de "libertad, igualdad, fraternidad" y glorificado a la Revolución Francesa, la que, con ese grito de guerra, derribó el antiguo orden, borró la antigua organización y, al declarar soberano al pueblo, sembró la semilla de la insurrección, que más tarde maravillosamente habían de aprovechar las avanzadas socialistas. Precisamente a nombre de esa libertad, tan cacareada, el liberalismo entregó a la masa trabajadora, como fardo inerme, en manos de los capitalistas y precipitó toda esa serie de calamidades que más tarde habrían de dar cierta justicia y oportunidad a los primeros brotes socialistas. ¶

También en lo referente a la teoría del valor es evidente la procedencia liberal. ¶ La tesis de que el valor del cambio de una mercancía depende tan sólo del trabajo humano en ella acumulado, no es de invención socialista. ¶ Puede ser suscrita por Smith, por Ricardo, por Say y toda la escuela liberal, con muy contadas excepciones. Tanto Marx, como La Salle apelan, en apoyo de sus respectivas posiciones ideológicas, a la autoridad de una larga lista de reputados economistas liberales. ¶ Ahora bien, quien admita como cierta la teoría marxista del valor es imposible que encuentre justo el actual orden económico de la sociedad y no le queda otra alternativa que arrojarle en brazos del socialismo. ¶ Es verdad que posteriormente la escuela liberal ha abandonado su concepto del valor o lo ha modificado, pero ciertamente es demasiado tarde. ¶ Como afirma con razón un célebre pensador, "nadie podrá borrar de la historia el hecho de que el liberalismo ha templado el arma más peligrosa que el socialismo vibra en sus manos para derribar el orden actual". ¶

¶ En el terreno de los hechos también el liberalismo ha preparado el advenimiento del socialismo, le ha abierto camino por medio del establecimiento de la LIBRE CONCURRENCIA ECONOMICA y de todas las libertades que le son inherentes. Todos los organismos protectores que, en el transcurso de los siglos, se fueron formando a la sombra no de utopías de mentes calenturientas, sino de flagrantes realidades, cayeron derribados por la piqueta liberal, precisamente en nombre de la libertad. Y se originó el atomismo social, nació el individualismo económico con todas sus funestas consecuencias. ¶ Los débiles, los impreparados económicamente, los que no contaban con medios de producción, fueron despojados de sus prerrogativas

nacidas al calor de las corporaciones y de los gremios, y, atados de pies y manos, fueron entregados a la prepotencia del capital, en el campo de batalla de una concurrencia sin freno. Añádanse a esto los progresos técnicos, los modernos inventos, aprovechados tan sólo por los pocos detentadores del capital y tenemos ya la disolución lenta, pero efectiva, de las clases medias y la formación de sólo dos clases antagónicas: los capitalistas y los desheredados. Para aquéllos, la libertad y la igualdad en la fortuna; para los segundos, la igualdad y la libertad en la miseria. Se comprende fácilmente que, en este estado de cosas provocado por el régimen liberal, el terreno estaba perfectamente preparado para el socialismo. Sólo faltaban agitadores, aventureros políticos, una chispa para producir la conflagración.

¶ Por último, en el campo de la política, el liberalismo ha dado también gran impulso al socialismo. Para el liberalismo, el Estado es la fuente de todo derecho; y consecuente con este principio, ha centralizado todo en manos del Estado. ¶ Ha centralizado las escuelas, la administración eclesiástica, el matrimonio, la beneficencia, entregándolo todo en manos del Estado. Por donde resulta innegable la afirmación de Schaffle: "Toda centralización del Estado liberal da un impulso al socialismo y congenia con él". Puede, pues, el socialismo apelar a estos principios en favor de sus planes y repetir, parodiando a Engels, que el movimiento socialista es el heredero de la filosofía liberal.



## Desmedrada juventud la que necesita estímulo para forjarse

En pocos ambientes se repite con tanta insistencia, como en el nuestro, que los jóvenes están postergados, que no tienen estímulo, que se hallan en situación desfavorable para la lucha frente al dominio intelectual y político de los viejos.

Dicho en otras palabras: espera la juventud costarricense que sus mayores cronológicamente, los que han visto y han vivido más, se hagan a un lado por su propia voluntad. Y aún desearían las nuevas generaciones que esos hombres del pasado siglo, graciosamente, se adelantaran a ofrecerles lo que ellos mismos no han sido capaces de conquistar.

Estriba esta incapacidad, que todos palpamos, en falta de preparación y de orientado esfuerzo y de saber lo que se quiere; en que hoy no se estudia ni se piensa; en que los mozos de ahora han olvidado, o nunca lo han aprendido, que algunas cosas sólo a empujones, a codazos, a fuerza de superación y de constancia se pueden obtener.

Los jóvenes de antes, viejos hoy, si equivocados en tratándose de resolver problemas que no fueron de su tiempo, tienen en cambio a su favor una honda preparación cultural y científica, que en esta época sigue siendo su principal baluarte para dominar e imponerse.

Razón no les falta, entonces, a quienes temen por Costa Rica cuando desaparezcan los viejos, sobre todo en un momento crítico de transformación social como el que atraviesa la humanidad. Pero piensen los muchachos que en sus manos está el remedio, no precisamente con la queja vana ni a trueque tampoco de implorar auxilio.

¡Desmedrada juventud la que no sabe abrirse paso superando a los viejos, la que necesita de influencias para surgir, la que ha menester de estímulos para forjarse, la que reclama como apoyo el bordón de los inválidos para ir ascendiendo por el camino del saber y de la vida!

## Hacia la revolución agraria y anti imperialista

Por GINES PERALTA SERRA

(De «América Futura», Nueva York.)

En octubre pasado, Manuel Ugarte, el infatigable líder de la juventud de América Latina, que acaba de regresar a su país, cumplió treinta años de lucha anti imperialista, campaña a la que ha entregado todos sus sentimientos y entusiasmos sacrificando fortuna, posiciones y hasta su propia carrera de literato. Treinta años de cruenta acción, de concretas realizaciones y sin embargo, nuestros pueblos parecen no haberse aún comperetrado de la triste realidad continental.

La derrota de nuestros pueblos no es una amenaza, es una realidad si no despiertan las masas trabajadoras del peligroso retardo en que se encuentran sumidas. Es menester que todos los hombres y mujeres de las más distintas posiciones sociales, ideologías políticas y creencias religiosas se apresten a la resistencia de la invasión imperialista.

La unión de todas las fuerzas morales y constructivas a través de las fronteras impone la lucha por una revolución agraria anti imperialista, que nos haga económicamente libres. Mientras nosotros permanezcamos desunidos, el imperialismo criminal irá cerrando los claros en sus filas y dando golpes de mazo a nuestros pueblos, colocados sobre el yunque de la opresión y de la esclavitud más odiosa.

Yo estoy de acuerdo con lo dicho por el luchador cubano Carlos Felipe de Armenteros: "Por eso, las revoluciones americanas, tienen que ser socialistas y nacionales a la vez. Socialistas en cuanto auspician una ordenación económica de fines hecha sujeta a los grados del desarrollo interno. Nacionales en cuanto a que el hecho de la nacionalidad es un dique a la invasión de la explotación financiera".

Creo también que no se pueden dar consignas exactas para cada pueblo, por cuanto no todos ofrecen las mismas peculiaridades, ni los mismos accidentes industriales y naturales, capaces de desencadenar la lucha revolucionaria por el triunfo de la acción anti imperialista.

Cada pueblo nuestro deberá hacer su revolución de acuerdo a un programa nacional, ligado estrechamente a la realidad continental.

Lo previo es crear una sólida conciencia latinoamericana, difundiendo en el pueblo el peligro imperialista, captando voluntades y poniendo en marcha a los elementos activos, enseñándoles que la lucha contra la penetración imperialista, no sólo logrará éxito con conferencias, panfletos, folletos y manifestaciones diversas, sino que tendremos un día no muy lejano que empuñar el fusil en la misma forma en que lo hicieron los agrarios mexicanos, los nicaragüenses de César Agus-



to Sandino, los apristas peruanos de Trujillo y los valientes revolucionarios cubanos.

Los elementos anti imperialistas tenemos el deber de saber manejar bien el fusil o la ametralladora, para poder aplastar a los mercenarios de Rockefeller, Deterding y Cia., que aunque se consideren ya victoriosos, recibirán pronto una inesperada sorpresa, pues las revueltas cubanas, peruanas y de toda América Latina indican a las claras que estamos en presencia de un surgimiento de una real conciencia revolucionaria.

El proletariado argentino y los elementos pensantes habían formado en el país un ambiente anti imperialista, que nos daba esperanzas de un futuro mejor. Sin embargo vino la revolución militar petrolera del 6 de septiembre de 1933, y destruyó todo lo edificado en paciente labor, y esta es la hora en que vivimos una realidad francamente reaccionaria e imperialista. El gobierno y todos los resortes estatales, así como la brutal represión policial persiguen a los que intentan el resurgimiento de la lucha anti imperialista.

Sin embargo, los viejos cuadros en la ilegalidad, unas veces por decreto y otras por imposición caudillesca, van reconstituyendo sus organismos y anhelamos que pronto la conciencia de los hermanos de América Latina, haga factible la realización del frente único de lucha revolucionaria por la expulsión del imperialismo y la unión de nuestros pueblos, para el cumplimiento de nuestros propios destinos.

## Causas prenatales de degeneración mental

Por el Dr. EDUARDO FOURNIER QUIRÓS

La humanidad se ha preocupado mucho por seleccionar o mejorar las razas de los animales a su servicio y las especies vegetales que aprovecha de la naturaleza. Ha creado por medio de la selección artificial, nuevas razas de carneros, el caballo de carrera, el perro de cacería, hasta el toro de lidia. Sin embargo, el hombre por sí mismo, no ha hecho nada por su mejoramiento. Triste condición la de este "rey de la creación", quien ha logrado seleccionar las patatas, los perros y las vacas y no puede perfeccionar a su propia descendencia. Escasísimos son aún todos los conocimientos que posee la ciencia positiva, porque escasos son también los cerebros cuya cultura les permita aumentar el caudal de verdades acumulado. Hay una gran desproporción entre el número de cerebros activos y pasivos, en contra de los primeros. Y es que la preocupación económica, el afán de hacer más y más dinero, aleja al hombre de las fuentes de la cultura intelectual. Esto en términos generales.

El cuadro es aún más triste si lo referimos a nuestro propio medio social: Ni siquiera riqueza pública hemos acumulado, pero sí exhibimos ante el mundo un enorme porcentaje de mortalidad infantil. En lo político vivimos una verdadera oligarquía, una parálisis absoluta del espíritu público que nos obliga a estar de rodillas ante las únicas fuerzas que absorben las actividades del país. En lo económico, el desbarajuste más absoluto: país sin industrias, con una agricultura y un comercio raquíticos. En todas las actividades de la vida caminamos, pues, sin rumbo, a la deriva. Todo porque no hemos tratado de formar inteligencias fuertes, cerebros acondicionados para entrar de lleno en las corrientes de la evolución. Hemos hecho del empirismo, en todos los órdenes de la vida, un dogma de nuestra actividad. Olvidamos que aquellas civilizaciones que la Historia nos ofrece como ejemplos a imitar, debieron su apogeo a los cerebros selectos que las formaron. Y que estas mismas decayeron cuando los vicios y las malas costumbres, hicieron decaer las inteligencias. Roma, Grecia y Egipto, fueron grandes, mientras sus hombres tuvieron grandes cerebros.

Nuestro propósito al expresarnos en estos términos, es que se comprenda la importancia que tiene atender a la higiene mental, cuyo campo de acción se extiende desde el claustro materno hasta la vida activa del hombre formado. El cerebro, centro de la inteligencia, es tal vez el único órgano del cuerpo que aún está en vías de evolución. Así lo demuestran los experimentos realizados en toda la serie animal por el gran histólogo español don Santiago Ramón y Cajal. Su higiene, entonces, no se circunscribe solamente al mantenimiento de su integridad, sino que se extiende a impulsar y favorecer su evolución al través de las generaciones. Y el medio más sencillo de comprender los asuntos que se refieren a la higiene mental, es el de analizar las causas productoras de las deficiencias de la inteligencia. Estas pue-



den haber obrado sobre los padres y sus gérmenes, sobre el feto y sobre el individuo después de nacido. Tratemos el primer aspecto.

Congénitamente actúan el alcoholismo, la sífilis, las neuropatías, la tuberculosis y los trastornos de las glándulas de secreción interna.

La herencia neuropsicopática es más común de lo que supone la mayoría, demostrado en un 58%. Consiste en la trasmisión hereditaria de la predisposición a trastornos psíquicos. La epilepsia cuando no obedece a causas ocasionales, la imbecilidad, la debilidad mental, el histerismo y la neurastenia, se transmiten íntegramente formando verdaderos árboles genealógicos con abundantes frutos de inferioridad intelectual. Uno de los estudios más interesantes de la Eugenesia, es la investigación que practicó Goddard sobre los descendientes de una familia y que referiremos sucintamente: A fines del siglo XVIII un individuo normal tuvo dos hijos legítimos normales y otro fuera de matrimonio con una muchacha degenerada. De este hijo adulterino se deriva toda una familia de deficientes mentales, seguida en varias generaciones por Goddard hasta llegar a su alumna de la escuela. La herencia fué cumpliéndose regularmente en una serie de frutos constituidos por vagabundos, viciosos, prostitutas y criminales. A pesar de la influencia de la educación especial, Goddard no pudo corregir a su alumna de su conducta viciosa. Una mala herencia tuvo más influjo que un buen medio ambiente.

El alcoholismo, en el sentir de la mayoría de los autores, prolonga su acción devastadora hasta la tercera generación, encontrándose su secuela en un 30 a 40% de familias de anormales. No es precisamente la tendencia al alcoholismo lo único que hereda el hijo, sino toda una serie de psicopatías desde el simple nerviosismo hasta la debilidad mental, la epilepsia y la locura. Las estadísticas de los manicomios están enriquecidas con casos de heredo alcohólicos. Sin embargo, nuestra Fábrica Nacional, a pesar de cuanto se diga, continuará destilando veneno para nuestra raza y promulgando el vicio hasta por medio de anuncios luminosos en las pantallas del cine. A eso llaman labor social nuestros gobiernos inconscientes de su misión y de su responsabilidad ante el porvenir de la nación.

La sífilis es otro flagelo que azota directamente a la descendencia. Es muy raro hallar un deficiente mental que no dé una reacción de Wasserman positiva. Todo esto aparte de los casos de parálisis general y de ataxia locomotriz que no reconocen más origen que la heredo-sífilis, por cuya razón estas enfermedades han sido designadas parasifilíticas.

En las familias tuberculosas y escrofulosas es frecuente la deficiencia mental. Hoy se ha comprobado que las formas iniciales de la inestabilidad nerviosa, tales como la jaqueca, la neurastenia y el histerismo, se deben a un mecanismo indirecto de la herencia tuberculosa.

El factor hereditario se manifiesta también en los trastornos de las glándulas de secreción interna. El infantilismo, el cretinismo y el mixedema, se acompañan siempre de trastornos nerviosos y mentales. La herencia no se manifiesta siempre en el sentido de una misma glándula, sino que en cada nueva generación puede ser diferente la glándula afectada. El doctor Marañón ha demostrado, con estadísticas muy completas, como estos trastornos glandulares se transforman unos en otros al través de la herencia. Así, no es raro hallar descendientes de viciosos afectados del páncreas o de las suprarrenales.

El matrimonio entre parientes, actúa también en la determinación de deficiencias mentales, debido a la acumulación de factores hereditarios sobre los descendientes.

Como causas intrauterinas, debemos citar las emociones y las enfermedades que sufre la madre durante el embarazo. Citaremos las tentativas de aborto, los traumatismos, el paludismo y la mayoría de las enfermedades infecciosas. En cuanto a las emociones, el vulgo ha exagerado mucho la influencia que ejercen en el feto. Se citan numerosos casos que el criterio experimental no puede ni debe admitir sin

pruebas eficientes. Pero esto no quiere decir que ha de negarse dogmáticamente el hecho. Conocidas son las generaciones raquílicas correspondientes a épocas de gran perturbación moral y física, tales como guerras, terremotos, inundaciones. Los niños de la post guerra y del sitio de París son un ejemplo vivo. Ejemplo que no han de olvidar esos maridos que aun existen como monstruos sociales, que en su brutalidad no guardan ningún respeto ni consideración para la mujer que lleva en sus entrañas a un nuevo ser.

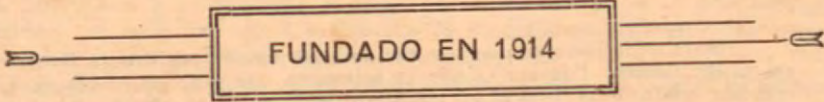
Hasta aquí sólo nos hemos referido a las causas prenatales que actúan unas en el momento de la concepción y otras durante la gestación, diciendo unas cuantas verdades, no por el simple propósito de decirlas, sino para que se comprenda que tal y como hoy estamos organizados, si puede llamarse orden a esto que contemplamos, pareciera que no se da importancia a las causas prenatales de degeneración mental. Y la pequeñez misma de nuestro medio exige cerebros bien constituidos, capaces de impulsar el progreso de la nación.

NOTA.—Hacemos constar que este brillante estudio por nuestro ilustrado amigo, el Dr. Eduardo Fournier Quirós, es solamente una parte sintetizada de la colaboración que tuvo la bondad de enviarnos. Aprovechamos además la oportunidad para declarar que el artículo del compañero Antonio Zelaya, "El hombre nuevo", nos fué entregado hace ya varias semanas para su publicación, y que había sido escrito con gran anterioridad, cuando el panorama político no era el que actualmente presenciamos.



# BANCO INTERNACIONAL DE COSTA RICA

Banco del Estado Unico Emisor



FUNDADO EN 1914

Al servicio de la

Agricultura  
Industria  
y Comercio  
de la Nación

## América Latina frente al desequilibrio económico mundial

Por VICENTE SAENZ

(De "Futuro", México, D. F., mayo de 1935)

Así traten de disfrazar la realidad, sofisticándola y retorciéndola, enfrentándose con vanidosa y engañosa erudición a los hombres avanzados de izquierda que se enfilan, resueltamente, en las legiones de la gran masa oprimida por el desequilibrio económico; así hablen y escriban en esdrújulo de física y de metafísica, de estructuras eidéticas, del campo electromagnético, de psicología y otras ciencias fácticas, bien saben los intelectuales que tratan de halagar a la reacción; los de la cultura por la cultura y el arte por el arte; los llamados, pues, por antinomia, idealistas, o los indiferentes por elegancia o por cálculo; los derechistas aferrados de todos los matices, en fin, que el desconcierto general que agita al mundo, agudizado a partir de 1929, no ha de resolverse en los planos contemplativos de la filosofía.

Como en un intenso terremoto el epicentro es profundo. Tan profundo que abarca la extensión misma del planeta. La infraestructura se desmorona. Es fuerza entonces que el sacudimiento llegue aun a las más altas cimas de la superestructura actual, tan amada por quienes a ella se acogen, negando lo fundamentalmente básico, como a las ramas de los árboles acudían para salvarse los que no lograron entrar en el arca de Noé.

Tragedia propiamente ha de llamarse este caos que nos ha tocado vivir. Honda tragedia humana que tritura la carne y el espíritu. Tragedia material y tragedia moral. Crisis de todos los valores tradicionales, como consecuencia lógica del derrumbamiento de un régimen social y económico que ya cumplió su destino.

La humanidad atormentada, torturada, mira con angustia hacia todos los rumbos. Necesita orientarse. Y sus dirigentes capitalistas buscan soluciones, se deciden por fórmulas distintas, adoptan paliativos, pretenden evitar el peligro reforzando con débiles viguetas la cuarteada estructura: fascismo, nazismo, "nuevo trato".

Es decir, transformación del sistema aparentemente democrático del capitalismo industrial y financiero, anterior a la guerra de 1914, en agresiva dictadura burguesa y estatal, con vistosa indumentaria nacionalista y con fraseología grata al proletariado, de manera que pueda lanzársele a una nueva matanza en defensa de los grandes intereses que han venido explotándolo, y que lo tienen sumido en desesperación sin precedentes.

Vano, sin embargo, ha de resultar el esfuerzo de los estadistas—los pequeños estadistas de que habla Spengler,—que codo a codo con las minorías privilegiadas imponen estos sistemas de transición, de simple espera. Vano ha de resultar ese esfuerzo, porque el problema fundamental no es posible resolverlo sino mediante



una transformación completa, enérgica, definitiva del actual régimen social y económico.

La bélica actitud del imperialismo fascista italiano, la situación caótica que prevalece en la supercivilizada Europa, el descontento y el clamor de los trabajadores, las medidas de represión tomadas en varios países del viejo continente contra todo impulso socialista de liberación, indican con elocuencia irreplicable que el carcomido edificio se derrumba; que la etapa burguesa, surgida de las entrañas del feudalismo, ha entrado a su vez en agonía; y que, por consiguiente, los paliativos que aplican los gobiernos al cuerpo social en descomposición, las medidas de emergencia, ya no tienen eficacia.

\* \* \*

En Estados Unidos, no obstante la batalla sostenida por el Presidente Roosevelt para vencer la crisis dentro de los moldes de un fascismo norteamericanizado, la verdad estadística demuestra que los amos del capital (el 1-1¼% de la población entre grandes y pequeños poseedores) siguen siendo dueños absolutos del 60% de la enorme riqueza acumulada en la gigantesca república; que la mayor parte de esa riqueza, desconocida en épocas anteriores, se ha ido concentrando en las manos de cinco mil Cresos multimillonarios; que el 75% de los habitantes (90 millones de desheredados) está constituido por la clase proletaria y por las personas—mujeres, niños, ancianos—que de ella dependen; y que de los 36 millones de trabajadores adultos la tercera parte, por lo menos, está sin empleo.

Si bien es cierto que el salario de los obreros que han tenido la felicidad de encontrar ocupación aumentó en los últimos meses 3½%, en cambio el costo de la vida se ha elevado un 7¼%, como promedio general. Seis mil escuelas tienen cerradas sus puertas. Millones de menesterosos vagan por las calles de las más ricas y populosas ciudades pidiendo limosna. En tanto se destruyen criminalmente, para evitar que bajen los precios, cantidades fabulosas de trigo, de algodón, de artículos alimenticios de primera necesidad, que en un régimen ajeno al lucro servirían para calmar el hambre y cubrir la carne macilenta de los desposeídos.

El cuadro es tan tétrico, la situación tan pavorosa, el contraste tan marcado entre la opulencia retadora de los ricos burgueses y la vida misérrima de los indigentes, a pesar del señor Roosevelt y de su "nuevo trato"; es tan absurdo, tan inhumano, tan incomprensible que la gente se muera de hambre porque hay mucho que comer, y que perezca de frío porque sobran el carbón, el petróleo y el abrigo, que la American Federation of Labor, sin embargo de sus tendencias reaccionarias bajo la dirección de William Green, ha hecho publicar en los principales periódicos, hace pocas semanas, el siguiente mensaje:

"Washington, abril 6, 1935.—United Press.—Informa la American Federation of Labor que siguen actualmente sin trabajo once millones de hombres en los Estados Unidos, con la agravante de que existen muy pocas perspectivas de que algunos de ellos puedan encontrar ocupación antes del otoño, no contando más que con la ayuda que en una forma directa o indirecta les proporciona el Gobierno. Se calcula que los desocupados y las personas que necesitan para sostenerse de las organizaciones de caridad, pasan de la tercera parte de todos los trabajadores asalariados que hay en el país.

Tomando en cuenta esta situación difícil, en extremo delicada, la American Federation of Labor ha advertido que pueden sobrevenir muy graves consecuencias de tan angustioso estado de cosas, pues en las circunstancias que prevalecen el hecho de que tan alto porcentaje de habitantes dependa de la caridad pública para subsistir, habrá de quebrantar profundamente la moral en toda la nación."

Por su parte los demócratas disidentes, capitaneados por el dinámico y pintoresco senador Huey Long, aseguran que el Presidente Roosevelt está engañando al

dócil pueblo norteamericano. Ofreció en manifiestos y discursos memorables, durante su campaña política, reducir las ganancias de los capitalistas, poner coto a sus privilegios, batir en radical cruzada a los poseedores de las grandes fortunas, pero los procedimientos que ha empleado hasta la fecha —abril de 1935— son sin duda negativos.

Y se atrincheran Long y sus partidarios en estadísticas, precisamente oficiales, más elocuentes que la fogosa oratoria parlamentaria. Estos números vienen a demostrar que los magnates de la industria y de las finanzas, a pesar de haber disminuido la producción en una tercera parte, aumentaron sus ingresos durante el primer año del "nuevo trato", 1933, entre 10 y 16%; que el total de rentas de las sociedades por acciones, en el mismo período, se elevó nada menos que un 35%; y que en 1934 dichas rentas subieron todavía más, hasta el 50%, por lo que atañe a dividendos e intereses sobre capitales invertidos.

Los hueyistas o longistas terminan su embestida contra el Gobierno afirmando, rotundamente, que el número de los desocupados no es de once millones sino del doble. Y ofrecen comprobarlo con el dato oficial de que solamente en el mes de enero último el total de gentes socorridas por el Gobierno fué de 20.652.240, algo más del 17% de la población del país.

Días después, 9 de mayo de 1935, un periodista netamente conservador, Arthur Brisbane, a quien nadie podría imaginar defendiendo a las clases trabajadoras, por estar al servicio y a la buena paga de William Randolph Hearst, escribe en la cadena de diarios de este célebre empresario:

"El Gobierno de los Estados Unidos, después de gastar enormes sumas para auxiliar a los desheredados y cesantes de Illinois, ha suspendido los socorros, pues la Administración está cansada de contribuir con su dinero.

Pero ahora doscientos mil famélicos amenazan con marchar sobre la capital. La verdad es que en Illinois, solamente en Illinois, setecientas treinta mil familias viven en la mayor y más espantosa de las necesidades."

\* \* \*

¿Cómo explicar satisfactoriamente las causas del tenebroso caos, del catastrófico desequilibrio en que el mundo entero se debate? ¿Será que, de acuerdo con la teoría de Malthus, la población ha crecido efectivamente en progresión geométrica y ya están haciendo crisis la desnudez y el hambre porque la producción, en cambio, sólo ha podido aumentar en progresión aritmética?

La ciencia, la técnica moderna, han echado por tierra el vaticinio del asustadizo pensador inglés. Nunca, gracias al maquinismo, al perfeccionamiento fantástico de los medios mecánicos de producción, ha tenido el hombre a su servicio mayores elementos de subsistencia como de un siglo a la fecha, al extremo de que en la actualidad —de acuerdo con cifras calculadas y comprobadas por los tecnócratas— todas las necesidades humanas o sociales pueden satisfacerse holgadamente y aun sobra, con exceso, para lo superfluo.

Puede entonces afirmarse que la ley de Malthus, al predecir guerras, epidemias, calamidades sin cuento como defensas o modos biológicos fatales de equilibrio social, tendrá que leerse alterando los factores. Porque las guerras, las calamidades, la indigencia y el malestar consiguiente de nuestro ciclo histórico, no reconocen por causa la escasez frente a la superpoblación sino, al contrario, la superabundancia de toda clase de productos. Pero estos productos de la inteligencia y del esfuerzo colectivos no se distribuyen honestamente, no es su mira primordial el abastecimiento, el consumo de la sociedad. Al apropiárselos una voraz minoría detentadora, un grupo relativamente pequeño de capitalistas —si se le compara con la gran masa de trabajadores asalariados— quedan aquellos productos convertidos en mercancía y puestos a la venta en un inmenso bazar.



Allí los usufructuarios de la actividad humana luchan unos contra otros, reforzando su poder de resistencia con el sacrificio cotidiano de los que apenas disponen en la vida de su fuerza de trabajo para defenderse. Todo se cotiza en el inmenso bazar que es el mundo contemporáneo, todo se vende, todo debe traducirse en dinero para los explotadores del músculo, del cerebro y de la máquina, que ellos por sí solos no hubieran podido construir ni diseñar.

Y saltando las fronteras para contender en los mercados del exterior, tanto en la venta de artículos manufacturados como en la adquisición de materias primas a bajo costo, los gobiernos que representan a la poderosa clase dominante provocan bélicos conflictos internacionales y se lanzan, con cañones o diplomáticamente, a la conquista de zonas de influencia, al sojuzgamiento, a la colonización de razas y de pueblos materialmente débiles, cuya servidumbre los Estados capitalistas consideran indispensable para fortalecer su estructura económica. Así nace la era brutal de los imperialismos, no importa que lleven por delante el emblema de la cruz o el ropaje embaucador de la civilización y del progreso.

\* \* \*

De suerte que el desarrollo de la técnica científica al servicio de una pequeña parte de la sociedad, la minoría capitalista que va siempre tras el lucro y en cuyas manos se concentra inevitablemente la riqueza, lejos de promover el bienestar de los hombres sólo ha engendrado el odio, el mercantilismo como deidad suprema, la lucha de todos contra todos, la competencia feroz, conflictos internacionales, intervenciones y guerras imperialistas, sistemas y aparatos de destrucción tan eficaces, en tal forma ultracivilizados, que la propia ciencia nos está llevando otra vez a la barbarie. Sólo ha podido engendrar el maquinismo acaparado, en último análisis, el dolor y la miseria de la clase trabajadora.

Hablar de esta clase, de la clase proletaria, es referirse a la enorme masa humana explotada por el capital omnipotente. Vale decir, la única clase productora, y productora en común, compuesta de obreros manuales que venden su fuerza muscular cuando hay en la agricultura o en la industria quien la compre, y de obreros intelectuales, químicos, investigadores, oficinistas, ingenieros, individuos con capacidades ejecutivas, organizadoras o directrices, que dentro del régimen existente tienen que alquilar su fuerza cerebral a los dueños privados de los medios de producción.

De lo anteriormente expuesto se deduce que bajo el régimen capitalista la colectividad de asalariados ha venido aumentando fatalmente, incesantemente, con ritmo vertiginoso, el caudal económico de los propietarios del equipo mecánico, de los transportes, las tierras, las minas, de todos los medios de producción y fuentes de riqueza, incluido en estas últimas el trabajo humano.

En otras palabras, al revés de lo que sucedía en la época del artesanado, de los maestros y aprendices, de los pequeños agricultores de la edad media, que con sus propios instrumentos trabajaban individualmente o en familia, la burguesía ha creado en realidad la organización comunista de la producción, pero conservando, acaparando los mejores frutos del trabajo colectivo.

Hay, pues, usando la fraseología de Hegel, una antítesis entre el modo comunista de producción y el modo individualista de propiedad de los medios de producción, lo que se traduce en aprovechamiento unilateral de la riqueza producida. Por existir esta antítesis, por el antagonismo entre el modo de producción y el modo de apropiación, porque diariamente toman unos pocos lo que debiera ser para la comunidad de productores, nos encontramos frente al actual desequilibrio. Y la desesperación, la angustia, la cruel paradoja del hambre en medio de la abundancia,

cia, la tortura moral y material dominan, por consiguiente, al sector más numeroso de la sociedad humana.

\* \* \*

Lo que en pugna con la verdad étnica llamamos América Latina, para no excluir a las que fueron colonias de otros países latinos pero no españoles; nuestra América india, mestiza, teñida de negro africano en vastas porciones de su territorio y en las islas del Caribe; esta América ancestralmente contradictoria: contradicciones de cultura hispánica y de tradición autóctona; hondamente dividida: ayer funcionarios y encomenderos, hoy latifundistas y holgazanes criollos que siguen tratando a los de abajo, la inmensa mayoría, como a seres vencidos, despreciables, que no tienen ni merecen redención; esta América Latina que en plena época de poderío burgués marcha y piensa y sueña con ritmo feudal, ha sido necesariamente arrastrada —por la interdependencia económica de las naciones, por la intensa lucha imperialista— al torbellino desquiciador del histórico momento en que nos agitamos.

Pretendo haber explicado en breves líneas anteriores cómo el régimen capitalista ha dado origen al imperialismo económico, para colocar en estas nuevas plazas consumidoras el exceso de producción. Todas las grandes potencias, en periodos semejantes de su evolución industrial, controladas por el capitalismo monopolista moderno, han ido a conquistar colonias y esferas de influencia, ya mediante el uso de las armas, ya valiéndose de convenios con otros Estados respetables por su arsenal de guerra, con intereses presentes o futuros en la misma zona.

Podría decirse que el imperialismo es, en el campo internacional, lo que la burguesía con el proletariado. Distintas fases capitalistas de explotación y de dominio. Aquél subyuga a los pueblos indefensos, aprovecha sus riquezas, se apodera de sus minas, acapara sus tierras, perfora el subsuelo, paga salarios de hambre a los nativos, se libra, en suma, de contribuciones fiscales, respaldando su actitud con el argumento poderoso de la fuerza: es dueño de acorazados, de granadas y de bombas, como el burgués es el único propietario de los medios de producción y de cambio.

Estados Unidos no podía ser una excepción en el proceso económico que durante los diez últimos años del siglo diecinueve, sobre todo a partir de 1898 y posteriormente con motivo de la guerra europea, llevó a la joven potencia anglosajona a la etapa francamente imperialista que las generaciones actuales hemos venido presenciando. Esta etapa corresponde al desarrollo extraordinario de la industrialización norteamericana y al aumento caudaloso del capitalismo financiero, urgido de buscar inversión a sus valores.

Pero no solamente emplearon Washington y Wall Street, combinados, el viejo sistema de la colonización por medio de las armas —guerra contra España, adquisición de Puerto Rico, Guam, Filipinas, Culebra, Vieques y otras islas del Caribe—, sino también el sistema menos cruento de las concesiones, los empréstitos, los tratados políticos, comerciales y canaeros celebrados con dóciles o inconscientes gobiernos de repúblicas latinoamericanas, a las que por el mismo hecho de ser repúblicas y de llamarse con patrio orgullo independientes, prefirieron no colonizar a rostro descubierto, a la vieja y comprometida usanza occidental, los sagaces, los puritanos conquistadores de allende el Bravo, muy escrupulosos siempre de la forma.

De su amor a la forma, de su puritanismo bíblico, de sus escrupulosidad emocionante, da fe sobrada la repetida coincidencia de que todos los zarpazos, todos los crímenes, todas las intervenciones, todos los negocios o tentativas de negocio, todos los atropellos del imperialismo norteamericano, sobre haber sido necesarios “en nombre de la paz, del progreso y de la civilización”, están invariablemente legalizados con la firma y con el sello protocolarios de la Casa Blanca, o con flamantes



contratos —meticulosamente ajustados a derecho— entre los sumisos mandatarios o pupilos del Sur y las grandes compañías explotadoras que desde el Norte lanzan el arpón.

Si después de tantos años de vasallaje todavía se han de aportar ejemplos para que abran, por fin, los ojos y vean con claridad quienes suelen darse por satisfechos con oír a los de arriba, muy creídos de cuanto afirman y proclaman los condecorados traficantes que forman nuestra espuma palaciega, social y diplomática, aquí están algunos casos concretos como pruebas fehacientes del taimado legalismo a que me referí:

Enmienda Platt, de cuyo alcance simplemente político acaban de librarse los cubanos; Tratado Bunnau-Varilla, al establecerse bien sabemos en qué forma la República de Panamá; Tratado de 1907 con la República Dominicana; Tratado de 1915 con Haití; Tratado canalaro Bryan-Chamorro, de Nicaragua; Tratados centroamericanos de paz y amistad; Convenios de Bucareli en México; Tratado de compra de las Islas Vírgenes; gestiones para establecer bases navales en las bahías de Arica y del Chimbote, así como en las Galápagos y en la isla de San Lorenzo; concesiones petroleras en Venezuela, en México, en Colombia, en el Perú, en la inmensidad del Chaco, bárbaramente ensangrentado por bolivianos y paraguayos, carne de cañón que corre hacia la muerte creyendo dar la vida por la patria; leoninas concesiones ferrocarrileras y de fuerza y luz eléctrica; contratos increíbles para la siembra y exportación de frutas tropicales; monopolio de las comunicaciones cablegráficas, monopolio del salitre, monopolio de la plata, del oro, del cobre, monopolio imperialista de nuestras más preciadas riquezas a lo largo y a lo ancho de todo el Continente.

\* \* \*

Postura tan marcada de servidumbre no habría sido posible de la independencia a la fecha, 1810 y años subsiguientes, si a la sazón hubiésemos efectivamente conquistado la independencia en el profundo significado revolucionario, social y económico en que esta palabra debe tomarse. Quiero decir, si los movimientos que entonces se iniciaron no solamente hubieran tenido por finalidad acabar con la colonia en lo político, sino también, y sobre todo, con los arcaicos e injustos métodos coloniales de producción y explotación, que no sufrieron cambio de importancia al arrebatar los insurgentes victoriosos el poder a la metrópoli, como tampoco lo sufrieron posteriormente, en más de un siglo de repetidas conmociones armadas de México a la Patagonia.

El poder pasó de unas manos blancas a otras manos blancas, mestizas o mulatas, pero el terrateniente siguió como dueño absoluto del latifundio. Y siguió como siervo del amo criollo o de los nuevos ricos, y como esclavo de la tierra y como esclavo de la mina, sin esperanzas de mejorar su suerte en este mundo sino en la gloria eterna, sin noción de patria ni noción de autonomía, el enorme conglomerado de los trabajadores indígenas, vencidos y expropiados primero por el conquistador y después por la casta dominante, aristocratizada o semibárbara, con el poderoso auxilio espiritual del clero.

Este es el panorama de América, de nuestra América, digan lo que quieran intelectuales románticos, políticos y demagogos, quienes sólo paran mientes en lo excepcional, en lo ficticio, en las actas de independencia firmadas por los próceres, en los himnos nacionales, en los decretos aboliendo la esclavitud, en lo que dicen los códigos, en organismos jurídicos que no corresponden a la infraestructura latinoamericana.

Hubieran ido de acuerdo nuestras relaciones de producción —no obstante ser extractiva, no obstante ser agrícola dicha producción— con los sistemas aceleradamente evolucionados del gran capitalismo, de la moderna agricultura, de la indus-

tria mecánica norteamericana y europea; usásemos tractores y no el arado egipcio, camiones de carga y no carretas; marcharan al unísono esas relaciones imaginariamente avanzadas de producción y de transporte con la superestructura que tanto nos halaga, y no habría sido nuestro territorio campo propicio para la penetración imperialista.

Mas ya se dijo arriba que en lo económico vamos penosamente caminando con ritmo feudal en plena época de poderío burgués, mientras que en lo político las repúblicas latinoamericanas son democráticas y representativas, con legislaciones irreales, artificiosas, en tal forma libérrimas y avanzadas, que para sí las quisieran países de honda raigambre en la historia y en la evolución del pensamiento humano.

Pero esto último —debo repetirlo— no es la realidad. Lo único verdadero, lo único que corresponde a los cimientos infraestructurales en América Latina— así protesten los impugnadores del materialismo histórico —es el arraigado fanatismo religioso, de una parte; y de la otra, en el pasado siglo, José Antonio Páez, Gabriel García Moreno, el doctor José Gaspar Rodríguez de Francia, Juan Manuel Rosas, José María Urbina, Mariano Melgarejo, Ignacio Veintemilla, Rafael Carrera, Justo Rufino Barrios, Antonio López de Santa Anna, Crespo, Núñez, Carrillo, toda una serie de tiranos de altura —si es que tienen altura los tiranos— o de sanguinarios chacales que así alzaban y dejaban caer el fuste como metían la mano en los caudales públicos.

Y en la época contemporánea, no habiendo mejorado las relaciones de producción; siendo por consiguiente iguales el retraso, la ignorancia, los prejuicios religiosos, todo lo que trae aparejada la explotación inmisericorde de las masas, tenemos también o hemos tenido como palpable realidad política, no el pregonado liberalismo de las leyes, sino a Juan Vicente Gómez que a estas alturas del siglo veinte es el amo y señor de vidas y haciendas en Venezuela; al teniente coronel Luis Sánchez Cerro, cuya orgía de sangre dejó el saldo trágico de 16 mil asesinados en la tierra de los incas; a Jorge Ubico, de Guatemala, quien en presencia de centenares de reos políticos fusiló a los hombres por la espalda después de hacerlos torturar, y que en un medio de masas indígenas como el suyo, de tan bajo nivel de vida, succiona miles de dólares mensuales a la miseria guatemalteca; a Gerardo Machado que con lujo de crueldad y de barbarie sació el hambre de los tiburones con carne de patriotas.

Y antes de ellos o después de ellos, Cipriano Castro, José Santos Zelaya, Porfirio Díaz, Manuel Estrada Cabrera, Victoriano Huerta, Augusto B. Leguía, Tomás Regalado, Hernando Siles, Adolfo Díaz, Emiliano Chamorro, Luis Borno, José María Moncada, Rafael Trujillo, Juan Bautista Sacasa, Belisario Porras, José María Orellana, Terra, Carías, Benavides, Olaya Herrera, déspotas a lo grande, tiranuelos, tiranoides o pequeños lacayos del imperialismo que traicionan y entregan maniatados a sus pueblos.

\* \* \*

Lo mismo que con lo político acaece tocante a la cultura. Me tomaré el atrevimiento de decir que a nuestro ciclo medioeval corresponde la etapa literaria del romance, de los cantares de gesta, de los juglares inspirados y errabundos, del mester de clerecía. De allí que el pueblo se conmueva con la exterior suntuosidad del ceremonial religioso —autos sacramentales ni más ni menos—, con los trovadores que cantan sus coplas al són de la guitarra, con la música vernácula que en sus notas reproduce la tristeza del vencido. De allí también que el nuevo arte revolucionario en sus distintas manifestaciones —teatro, novela, pintura, música, escultura—, para cumplir fructuosamente su misión, para llegar a la multitud imprevista, tenga que emplear moldes diferentes de los clásicos, menos refinados, más simples, más afines con la conciencia popular.



Eugenio María de Hostos, don Andrés Bello, Rufino José Cuervo, los Heredia, Miguel Antonio Caro, José de la Luz y Caballero, don Juan Montalvo en su aspecto cervantino—para citar apenas unos cuantos nombres de excepción en el siglo diecinueve— fueron tan exóticos en nuestro medio como el alto plano jurídico de que nos vanagloriamos, como la ópera, como Miguel Angel, el Greco, los parnasianos, los simbolistas, como todos aquellos manjares importados, muy costosos, que únicamente saborean los grupos escogidos. Es difícil afirmar que tan preclaros ingenios, en lo que tienen de eruditos o de clásicos, hubiesen sido un producto, un reflejo siquiera del ambiente cultural americano.

Tampoco pudieron serlo en fecha más cercana José Enrique Rodó, ni Rubén Darío, ni José Ingenieros, ni Amado Nervo, ni Silva, ni Díaz Mirón, ni lo es Guillermo Valencia, el poeta, ni Lugones, versificador, ni pensadores, prosistas o estas de encumbrado vuelo, nacidos por accidente en este lado del Atlántico. Estos y aquéllos, los del siglo veinte y los del siglo diecinueve, exceptuados sean los dos últimos que todavía respiran, mantuviéronse en contradicción con la mediocridad que les rodeaba o emigraron, para no asfixiarse, pese al acendrado amor romántico que siempre profesaron a su tierra nativa.

En cambio sí coinciden con la infraestructura medioeval latinoamericana, de cuerpo entero, el Montalvo que arremete tempestuoso contra folloes y malandrines; el Rubén Darío que baja de su torre y acepta, por biológicas urgencias, la dádiva de los modernos señores de horca y cuchillo, nicaragüenses o guatemaltecos; Guillermo Valencia metido en política sin programa de liberación, atento al mandar de arzobispos y de nuncios apostólicos; Leopoldo Lugones ensalzando el uso de la espada, con ánimo de complacer a más de un machetero; José Santos Chocano, Secretario de Francisco Villa y defensor, en varias latitudes, de sombríos tiranos; Díaz Mirón con su pistola al cinto, agresivo el ademán, defendiendo a Victoriano Huerta.

He aquí, pues, cómo el arte puro de estos latinoamericanos de alta prosapia intelectual abrévase en lejanas fuentes, en superestructuras divorciadas de nuestros modos de producción, en tanto que el hombre se ciñe al medio, a un conjunto de realidades que vienen a ser, en el caso concreto, la indómita bravura de Montalvo, las necesidades urgentes de Darío, las ambiciones presidenciales de Valencia, la actitud falsa de Lugones, la vida aventurera de Chocano, la temible y elocuente pistola automática de Díaz Mirón.

\* \* \*

Muy a pesar entonces de las legislaciones avanzadas y de las garantías constitucionales; muy a pesar, asimismo, de la exquisita cultura de los Bello, los Heredia, los Montalvo, los Nervo, los Darío, de todos los que en la centuria de la independencia o en la que estamos viviendo han dado realce extraordinario a la obra del intelecto; muy a pesar, en resumen, de la democracia que no hemos digerido, del liberalismo codificado, de la brillante floración artística y literaria que nos llena de racial orgullo, la verdad irrefutable es que en aquellos y en estos buenos o malos tiempos dominaron, y continúan dominando en América Latina, genuinos representantes, encarnaciones acabadas de regímenes en pugna, ciertamente, con lo escrito, pero en palpable consonancia con la realidad americana.

La explicación de estos hechos es bien sencilla, de acuerdo con el determinismo económico y con la interpretación materialista de la historia. Un bloque de naciones retrasadas; pueblos organizados semicolonialmente; cerca de cien millones de subhombres abatidos por una aristocracia criolla o por un mestizaje pasional y violento; una sociedad, en síntesis, como la nuestra, feudal por todos sus costados, nada tiene de asombroso que sólo pueda producir manifestaciones políticas, morales y religiosas de carácter también feudal.

Los parlamentos, lo que se acuerda en los congresos, las leyes exóticas que como el coñac y los vinos generosos hemos tenido que importar del extranjero, lo que ofrecen con largueza los políticos, lo que graciosamente rebuznan los filósofos, lo que dicen, hacen y estornudan aprovechados demagogos, lo que consignan los historiadores, lo que cantan los poetas que suspiran por París y se emocionan con Verlaine, mientras la multitud que los rodea se hunde en el dolor y en la miseria, es todo falso y engañoso: programas utópicos, jurisprudencia inadecuada, política insincera por inadaptable, historias en lugar de historia, literatura selecta para cenáculos reducidos.

La realidad, esbozada en renglones anteriores, se podría concretar, se podría reducir a estos cinco puntos esenciales:

Primero.—Explotación imperialista.

Segundo.—Predominio incontrastable del capital doméstico, formado por el gran terrateniente, el banquero, el intermediario, el exportador, por todos los que controlan la maquinaria oficial y monopolizan los medios de producción y de cambio. Muchos de ellos son extranjeros que manejan a su albedrío el sistema monetario para obtener mayores ganancias con sus especulaciones.

Tercero.—Miseria de las clases trabajadoras desposeídas; es decir, esclavitud económica y la consiguiente esclavitud política de las mayorías.

Cuarto.—Eficaz cooperación de la iglesia con los detentadores privilegiados, pudiendo repetirse en nuestro caso lo que al respecto dijo Henry George: "Religión que se alía con la injusticia para predicar contra las naturales aspiraciones de las masas, es peor que el ateísmo".

Quinto.—Satrapías medioevales de todos los matices.

Y como corolario indispensable, los que sostienen a fuer de cultos semejantes regímenes: intelectuales, abogados de renombre, "grandes cerebros", caballeros de levita al servicio de Cipriano Castro, de Juan Vicente Gómez, de Victoriano Huerta, de Ubico, de Sánchez Cerro, de Machado, de sargentones y rabadanes.

Los mismos para quienes el imperialismo del "hermano mayor", de la "ejemplar democracia anglosajona", sólo es un fantasma.

Los que pregonan la conveniencia de echarnos al cuello la soga de nuevos tratados comerciales con Estados Unidos, y se muestran llenos de pesadumbre porque todavía no se reúnen los fondos necesarios para terminar la carretera panamericana.

Los que en el centenario de la Doctrina de Monroe, sin perder su ecuanimidad de embajadores, se volvieron locos de entusiasmo—frente al Canal de Panamá—con la famosa doctrina "que nos dió independencia".

Los que en la Habana batieron palmas a Coolidge, se inclinaron ante Hughes, ignoraron a Sandino y plantaron un arbolito de buena voluntad.

Los que en Washington suspiran emocionados cuando se anuncia un concierto de música regional cubana, mexicana o argentina, y se presentan compungidos a dar satisfacciones al Secretario de Estado cada vez que en sus países por ignorancia seguramente, o "por política", señalan algunos malagradecidos el avance imperialista.

Los mismos—para no alargar esta regocijada colección de grandes hechos diplomáticos—a quienes se refiere el siguiente mensaje trascendental que, sin duda, beneficiará ostensiblemente a las repúblicas latinoamericanas:

"WASHINGTON, abril 15 de 1935.—United Press.—Los representantes de diecinueve naciones de Hispano América, con motivo de la celebración del Día Panamericano, firmaron en la Casa Blanca, frente al escritorio del Presidente Roosevelt, el Pacto Roerich, por medio del cual se comprometen solemnemente a cooperar para dar garantías en tiempo de guerra a los monumentos y edificios más notables, así como a las instituciones de carácter científico y cultural que hay en el mundo. Roosevelt se refirió al Pacto Roerich como un paso en firme que se da hacia la preser-



vacación de las conquistas culturales, de las obras de arte, de las valiosas reliquias que constituyen el preciado acervo de los países civilizados”.

\* \* \*

Si en tesis general lo expuesto es la verdad de nuestra América; si por otra parte el andrajo, la miseria, el chile, la tortilla, las enfermedades por mala nutrición, la inmunda choza, la mortalidad infantil constituyen el cuadro doloroso en que se agitan casi todos los trabajadores del campo y de la mina en nuestras flamantes repúblicas; si los obreros intelectuales y manuales de la ciudad llevan también vida precaria; si el proletariado, en suma, allí donde no ha podido organizarse sigue siendo víctima de la burguesía doméstica; y si además—como quedó dicho en las primeras páginas de esta exposición—por el succionamiento a que diariamente nos somete el capital industrial y financiero, por presión imperialista, por interdependencia económica hemos sido arrastrados al torbellino desquiciador que conmueve al mundo contemporáneo, se observa entonces que aun sin escalar el plano del capitalismo integral, traídos intempestivamente del medioevo a la época moderna, tenemos que confrontar los mismos problemas, la misma pavorosa crisis en que se debaten las naciones intensamente industrializadas.

No tratemos de engañarnos los latinoamericanos con el espejismo de las minorías selectas. Tengamos el valor de confesar que la descrita es la verdadera situación en que nos encontramos, con matices, con tonalidades variables, más o menos fuertes de uno a otro país, de la Argentina a Venezuela, del Uruguay a Guatemala o a Bolivia, de Costa Rica a Honduras, al Ecuador, a la República Dominicana. Y con una clara noción de lo que fuimos, de lo que somos, de lo que debiéramos ser, de lo que significan y representan en este momento histórico las reivindicaciones colectivas, aceptemos que el hondo problema que tiene ante sí la América Latina, que lo ha tenido en tantos años, sólo se podrá resolver transformando desde sus raíces el actual régimen injusto de propiedad y explotación de las masas trabajadoras.

Veamos con los ojos muy abiertos que en nuestro caso, como en el de las naciones de economía desarrollada, existe una antinomia semejante entre el modo comunista de producción y el modo individualista de apropiación de la riqueza creada por el cerebro o por el músculo. Y que a esa antítesis débese el desquiciamiento. Y que en tales condiciones cuantas reformas se hagan en la superestructura no conducirán a nada estable. Porque con simples reformas superestructurales van a continuar las mayorías a merced de los privilegiados, y éstos y aquéllas, los gobiernos inclusive, bajo el dominio creciente de insaciables corporaciones extranjeras que son las que mandan y ordenan en vastas regiones del continente latinoamericano.

A lo básico, a lo fundamental debemos ir. Habremos iniciado la urgente transformación totalitaria de nuestra economía cuando México, proveedor del cincuenta por ciento de la producción metálica mundial —oro, plata, cobre, plomo, zinc, mercurio, grafito, antimonio— aproveche, socializándolas, sus enormes riquezas, mediante una interpretación radical, efectiva, profundamente revolucionaria de su ley del subsuelo. Cuando su petróleo y el petróleo del Perú, de Venezuela, de Colombia, de Bolivia; cuando las maderas preciosas y los bananos de Centro América y de las Antillas; cuando el azúcar de Cuba, la plata de Honduras, el salitre y el cobre de Chile; cuando todos los productos que en cantidades fabulosas se extraen de nuestro territorio sean para México, para Colombia, para Bolivia, para Centro América, para Cuba, para Chile, para la comunidad latinoamericana, y no vayan a engrosar los caudales del explotador doméstico ni vayan a multiplicar los millones del magnate de Londres o de Nueva York.

Transformación de esta índole, fundamentalmente económica, infraestructural, sobre base de conjuntos, enfrentada al individualismo en derrota del siglo dieciocho; transformación capaz de equilibrar el modo colectivo de producción y el modo so-

cialista de apropiación y distribución de la riqueza, haciendo uso de la técnica científica para beneficio de todos y no solamente de los escogidos, hará que pasemos de la miseria a la prosperidad, se construirán casas higiénicas, ferrocarriles y caminos, aumentarán las escuelas, se difundirá la cultura, repercutirá pues el mejoramiento económico de la sociedad en la dignificación del hombre, en todas sus manifestaciones políticas, morales y religiosas.

\* \* \*

No entenderlo así equivale a negar la realidad. ¿Acaso han servido de algo los motines, los cuartelazos, las asonadas militares, las sangrientas matanzas a que han sido llevados criminalmente nuestros pueblos por los ambiciosos del poder? Simples movimientos partidaristas sin trascendencia para las masas; luchas de intereses por completo ajenas a las condiciones de vida de los trabajadores, arrastrados engañosamente a estéril sacrificio, la infraestructura permanece todavía inmutable a pesar de la sangre que en tantas ocasiones creyeron derramar por noble causa. Igual desamparo, igual retraso, el mismo abandono, la misma explotación, reflejándose forzosamente en la superestructura social.

Quiere decir que los llamados revolucionarios latinoamericanos no han hecho la revolución, que apenas se está iniciando en México, sino muchas asonadas de mira personal o con desembocadura en el presupuesto. Por eso cayeron en el siglo pasado y caen actualmente en esta América revoltosa el sargentón, el tirano, el traidor o el mediocre, para dejar el gobierno en las manos de otros salvapatrias iguales o peores que el caído. Hubiera resultado extraordinario, dentro de la tesis del determinismo económico, que disfrutásemos de sistemas estatales más elevados.

Pero la ciencia no se equivoca. Y como parece venir en auxilio de la doctrina que sostengo, caigo de nuevo en la repetición de citas y de nombres que confirman plenamente lo afirmado en el párrafo anterior. Tras de García Moreno, fanático incurable, Borreros y Veintemillas. Después del indio Carrera, apoyado en Guatemala por mitras y tonsuras, el rabioso jacobino y “dictador liberal” Justo Rufino Barrios, quien pretendió acabar con la religión y de paso con sus enemigos a fuerza de prisiones y de azotes. Sobre Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez. Sánchez Cerro en el sitio del benemérito Leguía. Herederos de Estrada Cabrera, con todas las de ley, sus humildes servidores José María Orellana y Jorge Ubico. En lugar de Machado, sin Enmienda Platt que no hace falta, Batistas y Mendieta. Trujillo a caballo, belicoso el gesto, marcial el atavío, atropellando a Vázquez en traje de civil. Y para no hacer interminable esta reseña, Díaz, Chamorros, Moncadas, Sacasas, hasta el torvo general que con la venia de Washington asesinó a Sandino, ocupados en la salvación de Nicaragua que ni Zelaya, por lo visto, pudo realizar, no obstante las famosas torturas que aplicaba. ¿Habrán quien niegue estos hechos contundentes?

\* \* \*

Y así en lo que se refiere al aspecto moral. ¿Vale algo entre nosotros la integridad de los hombres? ¿No son por ventura festejados, y no disfrutan de honores y de prebendas los que en ambientes de un alto plano ético serían motivo de constante repulsión?

Sin entrar en detalles que pudieran herir la recatada pudibundez de los santos varones que se asustan de las palabras, a pesar de los hechos, bastan unas pocas pinceladas —en tela menos propicia al escándalo— para robustecer la concepción determinista de que la moral latinoamericana corresponde a su infraestructura retrasada.

¡Doctores, funcionarios, licenciados, maestros de educación cívica, hombres cul-



tos, honorables jefes de familia que se emborrachaban con Veintemilla y con Urbina —liberales— así como habían rezado el bendito y se habían golpeado el pecho durante la omnipotencia del conservador García Moreno.

Que le llevaban mujeres y medicinas para sus enfermedades venéreas a Cipriano Castro.

Que reían las ocurrencias homicidas, las disposiciones sanguinarias de los Reas, de los Melgarejos, los Barrios y los Zelayas.

Que estuvieron con Huerta, con Machado, con Sánchez Cerro, con Estrada Cabrera.

Que se adelantan de rodillas a complacer los deseos del actual y viejo sátrapa venezolano.

Que sirven y aconsejan al tiranoide guatemalteco de hoy, como sirvieron y aconsejaron al de ayer.

Que no titubean en reformar leyes y constituciones para reelegir indefinidamente a los mandatarios indispensables.

Que discuten en Santo Domingo, con tropical calor, si el monumento en vida al general Trujillo debe ser ecuestre, o si será preferible que el cuartelario pase a la inmortalidad sentado en amplio sillón de mármol o de bronce, escudriñando ansiosamente el más allá de la patria dominicana!

¡Y a estos mercaderes o redomados bribones se les admira, se les honra, les rinde tributo la espuma aristocrática, se les lleva por votación unánime a los más altos puestos públicos!

¡Y los hijos sienten orgullo de haber sido engendrados por tan ilustres padres!

¡Y ufánanse de semejantes maridos las inconscientes o interesadas esposas que tuvieron la buena fortuna de atraparlos!

Hay duelo nacional cuando se mueren y pensión para la viuda. Mientras alienatan, vano es decirlo, gozan de regalado yantar y de suave y tibio lecho, en tanto sufren en el destierro o en la cárcel, olvidados y escarnecidos, aquellos a quienes se moteja por no entrar en razón.

Entrar en razón significa ponerse en contacto con la ignominia, caer en el cieno, acercarse al poderoso lleno de lacras, aplaudir sus desmanes, trocar lisonjas y adulaciones en valores efectivos, no importa cómo se hagan ni de dónde vengan.

\* \* \*

Respecto de la fase religiosa, de importancia evidente, no puede presentar el determinismo económico demostración mejor de validez, ejemplo más claro ni más rotundo que el de la iglesia católica con su innegable poderío en nuestro medio.

Instrumento eficaz de las minorías privilegiadas, está la religión fuertemente enraizada en la infraestructura de los pueblos hispánicos, de cuyo feudalismo es fiel reflejo. Y como así conviene a sus intereses, y a los intereses de sus aliados, se ha opuesto siempre la iglesia a prédicas y a doctrinas que nos hagan salir del ciclo colonial, usando de todas sus armas a través de cuatrocientos años de fanatización.

Se explica por lo tanto su fuerza incontrastable y lo inútil de acometer en contra suya con rojas exaltaciones, olvidando que lo básico es lo que se debe transformar para vencerla.

Los liberales, los comecuras del siglo pasado, las leyes de reforma, la escuela laica no han podido acabar en Latino América con el fanatismo de las masas.

La religión persiste, como persisten los prejuicios, como persisten los tiranos, como persiste todo lo que se halla en congruencia con nuestras relaciones de producción.

Tractores, luz eléctrica, buenos caminos, progreso, comodidades materiales para el hombre del campo y de la ciudad, alimentación adecuada, un alto concepto de la

dignidad humana, civilización uniforme, economía socialista, acabarán con clérigos y con espantos como darán también al traste con satrapías y dictaduras.

\* \* \*

De manera que el problema latinoamericano es un hondo problema de reajuste, de nueva organización infraestructural, de lucha contra el monopolio de los medios de producción y de cambio, de radical batalla contra los explotadores del trabajo humano.

Transformación agraria sobre todo, porque la tierra es la fuente de vida, es el patrimonio de las generaciones pasadas, de las generaciones presentes y de las que han de venir.

Control absoluto y explotación del subsuelo por el Estado, representante de la sociedad, enfrentándose a los detentadores de esta segunda gran fuente natural de riqueza colectiva que hasta la fecha, a cambio de míseros impuestos y de jornales irrisorios, solamente ha beneficiado a la prianza extranjera.

Enérgica batida anti imperialista, de modo que pueda contenerse la sumisión de nuestros países, cada vez más acentuada, al capital internacional que desde larga distancia nos succiona y acogota.

Podrá decirse que no estamos preparados para dar el salto al socialismo integral, adelantándonos a las grandes potencias que conservan su vieja estructura burguesa, y a cuya economía nos encontramos ligados inevitablemente; que no podemos bastarnos a nosotros mismos por falta de industrialización; y que, con raras excepciones, el proletariado latinoamericano, oprimido, dúctil a la voz del clero y a la voz del amo, lleno de falsas creencias y de ancestrales prejuicios que lo deforman y empujeñecen, no se da cuenta exacta de su poder ni de sus derechos.

Hay en esas afirmaciones mucho de verdad. Pero en tanto llega la hora de establecer la propiedad colectiva de los medios de producción, de entrar definitivamente en la etapa socialista, no sólo es posible sino obligatorio que los hombres de vanguardia orienten y organicen a los trabajadores para su defensa como clase, en tal forma que el poder público deje de ser un instrumento de opresión al servicio de los privilegiados.

Y es también posible convertir al Estado en coordinador de las energías productoras; en director y equilibrador consciente de los fenómenos económicos, que ya no pueden dejarse abandonados al libre juego de la clásica escuela liberal; que se deben, pues, disciplinar, sobre bases técnicas de justicia social, renunciando así el gobierno a su cómodo papel de simple espectador y cobrador de impuestos con uniforme de policía.

En otras palabras, hemos llegado a un punto en que se hace indispensable la economía dirigida. Mas no la economía dirigida de carácter fascista, que pugna por mantener a todo trance la organización vigente y por salvar a los grandes capitalistas limitando la producción y elevando los precios, sino la economía dirigida en favor del proletariado, antesala del socialismo, que en el caso concreto de la América Latina tomará sin duda un aspecto transitorio de nacionalismo defensivo.

\* \* \*

Este nacionalismo defensivo que estamos obligados a predicar y a fortalecer de confín a confín de nuestra América, es urgente para salvarnos mientras exista y nos amenace y nos ahogue el capital monopolista, aliado de la burguesía doméstica.

Es de imperiosa necesidad que lo tremolemos como bandera, que lo pongamos en primera fila, que lo sientan y lo amen y lo defiendan las clases trabajadoras.



Pero eso implica la abolición efectiva de la esclavitud. Vale decir, la formación de hombres y no de siervos, de ciudadanos y no de parias.

☞ Sólo así seremos fuertes para dominar al explotador de afuera y al explotador de adentro.

Sólo así triunfaremos de las voraces compañías imperialistas que han podido acaparar nuestras mejores fuentes de riqueza, trocando en feudo propio inmensas regiones de la América india.

Sólo así estaremos capacitados para presentar un frente único a estas enormes sociedades anónimas incorporadas en el exterior, cuyas maniobras, cuyo crédito ilimitado, cuyas combinaciones con banqueros de idéntica ralea —que se pagan por adelantado y en ocasiones manejan ellos mismos los fondos públicos— debilitan además la economía fiscal de nuestros torpes gobiernos.

Sólo así podremos anular fantásticas concesiones, destruir el latifundio, centralizar el crédito, desconocer empréstitos, recuperar nuestras minas, tomar posesión de nuestras fuerzas hidráulicas, resolver, finalmente, el hondo problema social y económico en que se juega el porvenir de un vasto continente habitado por cien millones de seres humanos.